

PARTE]

Tal vez siempre haya tenido la idea equivocada respecto de quién era yo realmente.





Negros nubarrones se cernían sobre el cielo, y había señales de lluvia en el aire matinal. Al salir por la puerta de entrada, sentí la brisa fresca en el rostro. El verano había sido largo y perezoso, repleto de días calurosos y sin lluvia.

Ahora aquellos días de verano habían acabado.

El primer día de escuela. El último curso. Siempre me había preguntado cómo se sentiría ser un estudiante del último curso. Y ahora estaba a punto de enterarme. La vida comenzaba. Era lo que decía Sam, mi mejor amiga. Ella lo sabía todo. Cuando tienes una mejor amiga que lo sabe todo, te ahorras mucho trabajo. Si tienes alguna pregunta sobre lo que sea, lo único que debes hacer es acudir a ella y preguntarle, y sencillamente te dará toda la información que necesites. Lo que no quiere decir que la vida sea pura información.

Sam era lista como el demonio. Y sabía muchísimas cosas. Montones y montones de cosas. También *sentía* las cosas. Cielos, qué manera de sentir. A veces me parecía que era ella la que pensaba, sentía y vivía por los dos.

Sam sabía quién era Sam.

En cambio, ¿yo? No siempre estaba tan seguro. ¿Y qué si algunas veces Sam sufría desbordes emocionales y altibajos permanentes?

Podía ser un huracán. Pero también, una vela suave que iluminaba una habitación oscura. ¿Y qué si me volvía un poco loco? Todas aquellas cosas —las cuestiones emocionales, sus estados de ánimo siempre variables y sus tonos de voz— le daban una increíble vitalidad.

Yo era diferente. Me gustaba conservar la calma. Supongo que era una cuestión de autocontrol. Pero a veces sentía que no estaba viviendo realmente. Tal vez necesitara a Sam porque estar cerca de ella me hacía sentir más vivo. Tal vez no fuera algo lógico, pero era posible que eso que llamamos "lógica" estuviera sobrevalorado.

Así que el primer día de clases, supuestamente el comienzo de nuestras vidas, hablaba conmigo mismo mientras caminaba hacia casa de Sam. Caminábamos juntos a la preparatoria todos los días. Para nosotros, el auto no existía. Maldición. A papá le gustaba recordarme que no necesitaba un auto. "¿Acaso no tienes dos piernas?". Amaba a mi papá, pero no siempre apreciaba su sentido del humor. Al llegar a la puerta principal, le envié un mensaje a Sam:

¡Llegué!

No respondió.

Me quedé allí esperando. Y saben, tuve la extraña sensación de que las cosas no volverían a ser iguales. Sam llamaba a este tipo de sensación "premoniciones". Decía que no debíamos confiar en ellas. Consultó con una adivina cuando estábamos en el noveno curso, y se convirtió al instante en una cínica. De cualquier modo, aquella sensación me perturbó porque quería que las cosas siguieran igual... me gustaba mi vida tal como era. Ojalá las cosas pudieran seguir como estaban ahora. Ojalá. Y, saben, no me gustaba tener esta pequeña conversación conmigo mismo... y no la habría tenido si Sam hubiera tenido noción del tiempo.



Sabía lo que estaba haciendo. Los zapatos. Sam jamás podía decidir qué zapatos ponerse. Y como era el primer día de clases, era realmente importante. Sam y sus zapatos.

Por fin salió de la casa mientras yo le enviaba un mensaje a Fito. Sus dramas eran diferentes de los de Sam. Yo jamás había tenido que vivir en el tipo de caos que soportaba Fito todos los días de su vida, pero me pareció que lo estaba haciendo bastante bien.

-Hola -saludó Sam, acercándose, ajena al hecho de que había estado allí esperando. Llevaba un vestido azul. Su mochila combinaba con su vestido, y sus aretes se mecían en la suave brisa. ¿Y sus zapatos? Sandalias. ¿Sandalias? ¿Esperé todo este tiempo por un par de sandalias compradas en Target?—. Un día estupendo -dijo, toda sonrisas y entusiasmo.

-¿Sandalias? -pregunté-. ¿Para eso tuve que esperar?

Sam no iba a permitir que la desanimara.

- -Son perfectas -me dirigió otra sonrisa y me besó en la mejilla.
- -Y eso, ¿por qué fue?
- -Para darte suerte. El último curso.
- -El último curso. Y después, ¿qué?
- -¡La universidad!
- -No vuelvas a mencionar esa palabra. No hemos hablado de otra cosa este verano.
- -Te equivocas. Yo no he hablado de otra cosa. Tú estuviste un poco ausente durante aquellas conversaciones.
 - -Conversaciones. ¿Eso eran? Creí que eran monólogos.
- -Ya déjalo. ¡La universidad! ¡La vida, cariño! -cerró el puño y lo levantó en el aire.
 - -Claro. La vida -dije.

Me dirigió una de sus típicas miradas.

-El primer día. Vamos a patearles el trasero.

Nos miramos sonriéndonos. Y luego nos pusimos en camino.

A comenzar a vivir.

El primer día de clases resultó completamente olvidable. Por lo general, el primer día me agradaba: todo el mundo con ropa nueva y sonrisas optimistas; todos los propósitos buenos en la cabeza; todas las actitudes benevolentes, flotando como los globos inflados con helio de un desfile, y los eslóganes de las charlas motivacionales: ¡Hagamos de este año el mejor de todos! A nuestros profesores solo les importaba decirnos que teníamos la capacidad de ascender en la escalera del éxito, con la esperanza de que efectivamente pudiéramos sentirnos motivados a aprender algo. Tal vez solo intentaran modificar nuestro comportamiento. Seamos francos, gran parte de nuestro comportamiento debía ser modificado. Sam decía que el noventa por ciento de los estudiantes de la Escuela Secundaria El Paso necesitaba terapia de modificación de conducta.

Este año sencillamente *no* me interesaba toda esta experiencia del primer día de clases. No. Y, luego, por supuesto, por tercer año consecutivo, Ali Gómez se sentó delante de mí en mi clase de Literatura avanzada. Sí, Ali, un resabio de años anteriores, a quien le gustaba coquetear conmigo con la esperanza de que la ayudara con la tarea. Me refiero a que la hiciera por ella. Como si eso fuera a ocurrir. No tenía idea de cómo lograba meterse en los cursos avanzados. Era la prueba viviente de que nuestro sistema educativo era cuestionable. Sí, el primer día de clases. Ol-vi-da-ble.

Salvo que Fito jamás apareció. Ese tipo me preocupaba.

Había conocido a la madre de Fito solo una vez, y realmente no parecía estar viviendo en este planeta. Sus hermanos mayores habían



abandonado la escuela para dedicarse a las sustancias psicoactivas, siguiendo los pasos de su madre. Cuando la conocí, tenía los ojos completamente inyectados en sangre y vidriosos; el cabello, grasiento, y apestaba. Fito se había sentido terriblemente avergonzado.

Pobre tipo. Fito. Está bien, mi problema era que siempre andaba preocupado. Odiaba eso de mí.

Sam y yo volvíamos a casa caminando tras nuestro olvidable primer día de clases. Parecía que iba a llover, y como la mayoría de las ratas del desierto, me encantaba la lluvia.

- -El aire huele bien -le dije.
- -No me estás escuchando -contestó. Estaba acostumbrado al tono de exasperación que a veces empleaba conmigo. No había parado de hablar sobre los colibríes. Le encantaban los colibríes. Incluso tenía la camiseta de un colibrí. Sam y sus etapas—. Su corazón late hasta mil doscientas sesenta pulsaciones por minuto.

Sonreí.

- -Te estás burlando de mí -dijo.
- -No me estoy burlando de ti. Solo sonreí.
- –Conozco todas tus sonrisas –respondió–. Esa es tu sonrisa burlona, Sally –Sam había comenzado a llamarme Sally en el séptimo curso
 porque aunque le gustaba mi nombre (Salvador), pensaba que era demasiado para un tipo como yo. "Comenzaré a llamarte Salvador cuando te conviertas en un hombre... y, cariño, te falta mucho para eso".

 Definitivamente, a Sam no le apetecía "Sal", como me llamaban todos
 los demás (salvo papá, que me llamaba Salvi). Así que se acostumbró
 a llamarme "Sally". Yo lo odiaba. ¿A qué tipo normal le agrada que lo
 llamen Sally? (No es que quisiera ser *normal*). Pero oigan, no le podías

decir a Sam que no hiciera algo. Si se lo decías, el noventa y siete por ciento de las veces lo hacía. Nadie podía ser más terco que ella. Simplemente, me dirigió aquella mirada que indicaba que iba a tener que superarlo. Así que, para Sam, yo era Sally.

Entonces comencé a llamarla Sammy. Todo el mundo debe encontrar una manera de igualar el marcador.

En fin, así que me estaba poniendo al tanto de las estadísticas de los colibríes. Comenzó a enojarse conmigo y a reprocharme que no la tomaba en serio. Sam odiaba que la ignoraran. Aquí vive una mujer profunda: lo tenía colgado en el locker de la escuela. Creo que de noche se quedaba despierta pensando en eslóganes. La parte acerca de que era *profunda* me resultaba entendible. Sam no era precisamente superficial. Pero me gustaba recordarle que si a mí me faltaba mucho para convertirme en hombre, a ella le faltaba aún más para convertirse en mujer. No le gustaba mi pequeño recordatorio. Me dirigía esa mirada de "cállate".

Mientras caminábamos, siguió insistiendo con los colibríes y luego comenzó a recriminar mi incapacidad crónica de escucharla. Y yo pensaba: cielos, cuando Sam comienza con los reproches, no hay quien la detenga. Quiero decir, me estaba regañando sin piedad. Al final tuve que interrumpirla; no me quedó otro remedio.

-¿Por qué siempre buscas pleito conmigo, Sammy? Oye, no estoy burlándome. Además, sabes bien que no soy precisamente un aficionado a los números. Los números y yo no hacemos buena dupla. Cuando te pones a hablar de cifras, me pongo bizco.

Como le gustaba decir a papá, Sam permaneció "inmutable". Comenzó de nuevo con los reproches, pero esta vez no la interrumpí yo, sino Enrique Infante. Mientras Sam y yo caminábamos, se había acercado a nosotros desde atrás. De repente, apareció frente a mí y lo tuve encima. Me miró a los ojos y me clavó el dedo en el pecho.



-Tu papá es un marica.

Al instante, algo me sucedió. Una ola enorme e incontrolable me recorrió el cuerpo y se estrelló contra la orilla, que era mi corazón. De pronto, perdí la capacidad de emplear palabras. No sé, jamás había estado tan furioso y no supe lo que sucedía realmente porque la ira no era algo normal en mí. Era como si yo, el Sal que conocía, se hubiera marchado y otro Sal hubiera entrado en mi cuerpo y tomado el control. Recuerdo sentir el dolor de mi propio puño inmediatamente después de que golpeara el rostro de Enrique Infante. Todo sucedió en un instante, como un relámpago, solo que el relámpago no provenía del cielo; venía de algún lugar dentro de mí. Ver toda esa sangre salir a borbotones de la nariz de otro tipo me hizo sentir vivo. Esa es la pura verdad. Y aquello me asustó.

Tenía algo dentro que me asustaba.

Lo siguiente que recuerdo fue que estaba mirando fijo hacia abajo a Enrique, tumbado en el suelo. Había vuelto a ser el joven tranquilo de siempre (bueno, no *tranquilo*, pero por lo menos podía hablar).

-Mi papá es un hombre -dije-. Tiene nombre. Se llama Vicente. Así que si lo quieres llamar algo, llámalo por su nombre. Y *no* es un marica.

Sam solo se quedó mirándome. Yo también la miré.

-Bueno, esto es una novedad -comentó-. ¿Qué pasó con el muchacho bueno? Jamás pensé que serías capaz de golpear a un tipo.

−Ni yo −afirmé.

Sam me sonrió. Era una especie de sonrisa rara.

Miré hacia abajo a Enrique. Intenté ayudarlo a que se levantara, pero él no iba a dejar que lo hiciera.

-Vete a la mierda -replicó mientras se levantaba del suelo.

Sam y yo lo observamos mientras se alejaba.

Se volteó y me enseñó el dedo del medio.

Quedé un poco aturdido. Miré a Sam.

- -Tal vez, no siempre sepamos lo que tenemos dentro.
- -Es cierto -dijo Sam-. Creo que hay muchas cosas que encuentran un lugar para ocultarse en nuestro cuerpo.
 - -Tal vez aquellas cosas deban mantenerse ocultas -comenté.

Volvimos a casa despacio. Durante mucho tiempo Sam y yo no dijimos nada, y aquel silencio entre ambos resultó definitivamente perturbador. Por fin, habló ella.

-Qué bonita manera de comenzar el último curso.

Fue entonces que comencé a temblar.

- -Oye, oye. ¿No te dije esta mañana que debíamos patear algunos traseros?
 - -Qué chica graciosa -respondí.
- -Oye, Sally, Enrique se merece lo que le pasó -me dirigió una de sus sonrisas; una de las tranquilizadoras-. Sí, claro, no deberías andar golpeando a la gente. Apesta. Tal vez tengas a un chico malo bien adentro que solo está esperando salir.
 - -No, ni de casualidad.

Me aseguré a mí mismo que solo acababa de pasar por un momento muy extraño. Pero algo me dijo que ella tenía razón. O, al menos, un poco de razón. Agitado. Así me sentía. Tal vez Sam estuviera en lo cierto respecto de las cosas que escondemos dentro. ¿Cuántas cosas más se ocultaban allí?

Avanzamos el resto del camino en silencio.

-Vamos a Circle K. Te compro una Coca -algunas veces bebía una Coca; hacía las veces de una bebida reconfortante.

Nos sentamos en el borde de la acera y bebimos nuestros refrescos.

Cuando me despedí de Sam en su casa, me abrazó.



- -Todo estará bien, Sally.
- -Sabes que llamarán a papá.
- -Sí, pero el Sr. V. es cool "el Sr. V.", así llamaba Sam a papá.
- -Sí -respondí-, pero da la casualidad de que el Sr. V. es mi papá. Y un papá es un papá.
 - -Todo estará bien, Sally.
 - -Sí -dije. Algunas veces estaba repleto de síes desanimados.

Mientras caminaba a casa, recordé la expresión de odio de Enrique Infante. Aún podía oír el *marica* resonando en mis oídos.

Papá. Papá no era esa palabra.

Jamás sería esa palabra. Jamás.

Luego se oyó el fragor de un trueno, y comenzó a llover a cántaros.

La tormenta me envolvió y no alcancé a ver nada de lo que tenía delante. Seguí caminando, con la cabeza gacha.

Solo seguí caminando.

Sentí el peso de mi ropa mojada por la lluvia. Y por primera vez en mi vida, me sentí solo.